[W.Q. Judge, *El Sendero*, extracto de *¿Soy el Guardián de mi Hermano?* (ps. Místico Americano), agosto de 1887, https://www.theosociety.org/pasadena/path/v02n05p149_am-i-my-brothers-keeper.htm]

Al fin y al cabo, es mejor que uno haga
su propia tarea lo mejor que pueda, aunque fracase,
que asumir tareas ajenas, por muy buenas que parezcan.
Canto Celestial (Bhagavad-Gita)

Quien busca «el antiguo y angosto sendero» tiene muchos deberes que cumplir. Su deber para con la humanidad, su familia, la naturaleza, él mismo y su creador; pero deber aquí significa algo muy diferente de lo que transmite esa palabra tan manida y desgastada por el uso, *Deber*. Nuestra comprensión del término se basa generalmente en la interpretación egoísta de la sociedad o del ser humano. Se suele pensar que deber significa la realización de una serie de actos que *otros* creen que *yo* debería realizar, mientras que, en realidad, significa más bien la realización de acciones por mi parte que *yo sé* que son buenas para *los demás*, o las más sabias en ese momento.

Sería muy peligroso para mí asumir el deber de otro, ya sea porque él me dijera que era bueno o porque fuera un deber. Sería peligroso para ambos si yo asumiera aquello que él consideraba bueno hacer, pues ese es su deber, y no puede ser el mío. Lo que a él le corresponde hacer, yo no puedo hacerlo por él. Lo que a mí me corresponde hacer, ningún ser vivo puede hacerlo por mí. Si intento cumplir el deber de otro, entonces asumo lo que no me pertenece, lo que no me fue encomendado. Soy un ladrón, que se apropia de lo que no le pertenece. Mi hermano, al consentirlo, se convierte en un holgazán, no comprende la lección, elude la responsabilidad y, entre los dos, no logramos nada.

Se nos enseña a hacer el bien. Ese es el deber. Al hacer el bien, todo lo que hacemos queda abarcado; aquello para lo que estamos aquí se está cumpliendo, y eso es el deber. Se nos exhorta a hacer el bien *allí donde sea seguro*. No seguro para nosotros mismos, sino para aquellos a quienes se dirige nuestro deber. A menudo vemos a seres que sufren grandes injusticias. Nuestras emociones nos impulsan a precipitarnos y, de alguna manera, impedir que continúen. Sin embargo, el sabio sabe que no es seguro. Si lo hiciera, sus esfuerzos solo despertarían la animosidad y las pasiones de una mayoría, cuyas voluntades desenfrenadas e incontroladas culminarían en la perpetración de injusticias aún mayores contra quien ya sufre. Es seguro hacer el bien, o cumplir con mi deber, una vez que descubra cómo hacerlo de manera que no genere mal, no dañe a otros ni engendre males mayores.

Para quien busca el camino ascendente no existe el deber, pues nada es un deber. Ha aprendido que la palabra transmite un significado erróneo cuando se aplica a las acciones del Buscador. Implica la realización de aquello que tiene sabor a tarea, o de un acto determinado, requerido o exigido, necesario para progresar o realizar otras acciones. Deber, no es nada de eso.

Aprende a hacer el bien y aquello que parece más sabio en ese momento, olvidándose de sí mismo tan plenamente que solo es consciente de hacer el bien a los demás, olvidándose de sí mismo hasta tal punto que olvida pensar si está cumpliendo con su deber o no, entrando en el Nirvana hasta tal punto que no recuerda que está cumpliendo con su deber. Eso, *para él*, es el deber.

«No resistáis al mal», dice uno de los Sabios. Quien dijo esto conocía perfectamente su deber y deseaba transmitirnos conocimiento. Es sin duda cierto que no pretendía que los hombres se quedaran de brazos cruzados mientras la ignorancia desataba los perros del dolor, la angustia, el sufrimiento, la miseria y el asesinato. Es aún más cierto que no pretendía que los hombres se arrodillaran en una pueril simulación de santidad al borde del camino, mientras sus semejantes sufren torturas, injusticias o abusos. Que no pretendía que un hombre se quedara sentado en silencio como mero espectador mientras lo que se llama mal se cebaba con los demás, cuando con tan solo mover un dedo, tal vez, sus intenciones pudieran frustrarse y anularse, es la verdad misma. Todo ello supondría descuidar una parte del deber integral del hombre. Aquel que enseñó que los hombres no debían «resistir al mal» solo deseaba que se olvidaran de sí mismos. Los hombres piensan que todo lo que les resulta desagradable es malo. Por resistencia se refería a la queja, la ira y la objeción ante las cosas inevitables, desagradables o dolorosas de la vida que le sobrevienen a uno, y *no* pretendía que el hombre se presentara bajo la apariencia de un mártir, abrazando esos mismos castigos contra su pecho mientras se proclama así poseedor de la *palabra mágica* (que nunca poseerá y que nunca se pronuncia de esa manera): *He sufrido*.

Si los hombres nos injurian, persiguen o hacen daño, ¿por qué resistir? Quizá sea malo, pero mientras solo nos afecte a nosotros mismos, no es gran cosa. Si nos llegan la necesidad, la pena o el dolor, ¿por qué resistirse o gritar? En la resistencia o la guerra contra ellos creamos males mayores. Al llegar a nosotros mismos, deberían tener poco peso, mientras que, al mismo tiempo, traen consigo lecciones de valor incalculable. Si se estudian correctamente, hacen que uno se olvide de sí mismo en el deseo de ayudar a otros que se encuentran en situaciones similares, y que el Loto del deber —o el amor al prójimo— florezca del fango del Nilo de la vida. No te resistas al mal, pues es inseparable de la vida. Es nuestro deber vivir y aceptar sin quejarnos toda la vida. No te resistas al mal, sino aprende de él todo el bien que, en realidad, tan solo oculta.

Busca en ello, así como en el bien resplandeciente, *el Misterio*, y de ambos surgirá la misma forma en cuya frente está escrito «Deber», que interpretado, significa esfuerzos por el bien de todos *los demás* hombres, y sobre cuyo corazón está escrito: «Soy el guardián de mi hermano».